

decir, si en la hora tremenda de la muerte todo lo hemos perdido, el alma, el cuerpo, todos los bienes y la misma gracia! Humilladnos, pues, desde ahora, ¡oh buen Jesús! debajo de vuestra poderosa mano, para satisfacer por nuestros pecados y para que reine la caridad, la obediencia y toda virtud en nuestros corazones. Tocadnos con una sola gota de vuestra Sangre preciosísima para seguir invariablemente vuestros pasos y para que nos coloquemos con Vos algún día en la gloria que nos habeis merecido.

ASÍ SEA.

SERMON

DE

ESPIRACION Ó DE LA SÉTIMA PALABRA QUE PRONUNCIÓ

JESUCRISTO EN LA CRUZ

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.
 "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."

S. Lucas, Cap. XXIII, v. 46.

¡CATÁSTROFE ESPANTOSA! ¡PRODIGIO INAUDITO!
 ¡SUCESO ÚNICO! Dando Jesucristo en la Cruz una grande voz, como refiere el Evangelista, pronunció estas últimas palabras: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto espiró." No fué necesario mas para que el Centurion entendiese que moria por su voluntad y no por flaqueza. Toda la multitud de aquellos que presenciaron este espectáculo, se retiraban hiriéndose los pechos. Todos los conocidos de Jesús, y las mujeres que lo siguieron de Galilea, estaban tambien considerando estas cosas desde lejos. Pero, ¡qué mucho si desde la hora sex-

ta del día hasta la de nona, tiempo todo precisamente en que el Salvador vivió sobre la Cruz, las tinieblas cubrieron toda la tierra! ¡Qué mucho si éstas se doblaron en su muerte, no sin nuevo milagro, cuando el sol se obscureció y se rasgó por en medio el velo del Templo! ¡Qué mucho si la tierra tembló, las piedras se despedazaron, los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos Santos resucitaron! ¡Quién no temería, si este clamor fuerte y excesivo penetró hasta en los infiernos, como dice San Buenaventura! ¡Ah! toda la naturaleza, el cielo, la tierra, el templo, los elementos, los abismos, los ángeles, los hombres, y aun los mismos demonios se agitaron, según nuestro modo de pensar, se conmovieron y se vistieron de luto. Mas igualmente es digno de notarse, que el Señor Jesus, que sentía muy poco antes todas las causas de su abandono; y que parece que no se atrevía entonces á llamar á Dios de Padre como en otras ocasiones, sino que oprimido de dolor, le decía: "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?" ahora por la exacta fidelidad en obedecerle hasta la muerte, y por la proximidad de la consumacion de su sacrificio, clama á él con el nombre dulce y tierno de Padre: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

El inocente Abel, primera víctima de los celos y de la envidia, bajo de la ley natural, no fué mas que figura del inocentísimo Abel. Cain se hizo culpable de la sangre de su buen hermano; pero los judíos eran responsables, según el Evangelio, de la sangre derramada desde el justo Abel hasta la de Zacarías, hijo de Baraquías; y haciendo morir á Jesucristo á

manos de los crueles verdugos, no solamente ha recaído sobre ellos la sangre de todos los Santos Profetas, sino tambien la del Justo por excelencia, cuya maldicion atrajeron sobre sí voluntariamente. El animoso Samson, que asiendo con ambas manos, y sacudiendo con fuerza las dos columnas de en medio del templo de Dagon, lo desplomó sobre sí y sobre los Filisteos: que muriendo, como dice la Sagrada Escritura, mató mas que los que habia muerto en su vida: que se vengó de sus enemigos por la humillacion á que lo redujeron, y por el ultraje hecho al Santo nombre de Dios; no fué mas que débil imagen del divino Samson. Jesucristo, clavado de piés y manos en dos leños atravesados como sobre dos columnas, triunfó de la muerte y de las furias del infierno: al contrario de aquel, salvó mas con su inmolacion que los que habia salvado en su vida: por mejor decir, con su muerte abrió las puertas del cielo á todos los que se habian de salvar. El venerable anciano Eleázaro, Doctor de la ley y hombre de virtuosas costumbres desde niño, por defender la ley santa del Señor, sufrió con ánimo pronto y constante el tormento de los golpes de varas, hasta rendir su espíritu en las manos de Dios: él mismo habia dicho anteriormente á sus amigos, que aunque se libertase en el tiempo de la vida, de los suplicios de los hombres, de la mano del Todopoderoso no podria escapar ni vivo ni muerto. Pero la fortaleza de Jesucristo en sufrir dolores agudísimos y poner el alma en manos de su Eterno Padre, por salvar al género humano, no admite comparacion. Murió, sí; murió en cuanto á su Humanidad, murió en una Cruz el Deseado de las

naciones, el Mesías prometido y figurado en la ley natural y en la ley escrita, el Unigénito del Padre y de la Virgen María, el Príncipe de la paz, el Modelo de los justos, el Gefe de los predestinados, el Santo de los Santos, el Soberano Juez de vivos y muertos.

Si pues la víctima se dividió y se exhibió el precio de la redención, cuando Jesucristo puso su espíritu en manos de Dios, yo pregunto: ¿Su alma pura y santísima dejó acaso de estar en sus manos antes, y en el momento mismo de ser criada y unida á su Sacrosanta Humanidad, y en todo el discurso de su vida sobre la tierra! ¿Dejó acaso de gozar ni un solo instante de la vision beatífica, para que le diga al Padre: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu?" ¡Ah! la deidad se dió á la deidad en que siempre estaba, y el alma á la divinidad con quien desde su principio estaba unida. Pero Jesucristo obró aquí como Hombre dando á los hombres la postrera lección y enseñándoles un importante deber: encomendó con su espíritu á la Iglesia, á quien miraba como su alma misma, como su mismo amor. Cerró toda esta insigne lección con la voluntaria y mayor entrega que pudo hacerse de su propia alma ante el tribunal de Dios. Tal es la consideracion general que me servirá de medio para daros á conocer, que la muerte de Jesucristo es la llave maestra del tiempo y de la eternidad, el instrumento de la gloria de Dios y el sello de la vida cristiana. Saludemos respetuosamente con el Angel á la Virgen Dolorosísima, digna Madre de este Varón de dolores, que supo tambien en su apacible muerte entregar su inmaculada alma al Criador llena de gracia, de virtudes y de merecimientos,

para que con el auxilio del Espíritu Santo, continúe yo en la predicacion del altísimo Sacramento escondido desde los siglos en Dios. Ave María.

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."
S. Lucas, cap. y vers. citados.

La mística entrega del alma con que Jesucristo se consagró al Eterno Padre en el acto de su muerte, "es la sola una oblation segun San Pablo, por la que hizo perfectos para siempre á los que santificó." Jamas el pecador, aun cuando no hubiera sido regenerado, dejaria de estar sujeto á la potestad de Dios, por el derecho de la creacion; sus manos justas y terribles lo castigarian eternamente, mucho mas de lo que podemos imaginar. Con todo, por la culpa rompió el hombre la union de la caridad hácia él, y en cuanto á esto ya no puede ser suyo; provocó su divina justicia, y le quitó la gloria que tanto se merece de parte de sus criaturas. Pero satisfaciendo Cristo hasta dar la vida en precio del rescate, reparó su gloria y libró al hombre del pecado. Es por lo que decia San Pablo á los Filipenses: "Para gloria y alabanza de Dios, seais colmados de frutos de justicia por Jesucristo." Aquí se advierte cuán aceptable y glorioso fué á Dios su sacrificio, y cuán amable y provechoso á los desgraciados hijos de Adán. Por eso voy á proponeros estas dos breves reflexiones: Primera: Jesucristo con su muerte dió gloria á Dios: Segunda: La muerte de Jesucristo es provechosa al hombre. Desenvolvamos ideas tan sublimes y misteriosas, cuyo estudio reclama toda nuestra atencion.

PRIMERA PARTE

Después de decir el Evangelista San Juan, "que el Verbo de Dios se hizo carne y que habitó entre nosotros," añade: "Y nosotros vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre lleno de gracia, y de verdad." Ninguno de los Apóstoles mejor que este Discípulo amado, fué testigo de los milagros, de la transfiguración, de la muerte de Cruz, de la resurrección y ascension de Jesús, y de la sensible efusion de su Divino Espíritu. Puesto, pues, que vió su gloria, como la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, bien se distinguen en sus palabras las tres personas adorables de Dios: La persona del Espíritu Santo, aunque no se expresa en ellas con su nombre, se da á entender suficientemente en los vocablos mismos de plenitud de gracia y de verdad; sí, el gran Profeta Isafías dejó escrito, "que el Espíritu del Señor se habia de reposar con todos sus dones en Jesucristo." Ahora, toda la Augusta Trinidad es causa primera y principal de nuestra redención; mas con propiedad, Cristo en cuanto Hombre es inmediatamente nuestro Redentor, como lo prueba el Angel de las escuelas. Y como por su exaltación ó por su muerte de Cruz, ha traído á sí todas las cosas, quiero considerar por separado la gloria que por este su inefable sacrificio, resultó al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

GLORIA AL PADRE.—El hombre ha sido criado á

imágen y semejanza de Dios, no solo en cuanto á la imitación de la naturaleza divina que existe, vive y entiende, sino tambien en cuanto á la representación de las tres personas de la Trinidad increada, como enseña el citado Angélico Doctor: la procesion del Verbo, segun el entendimiento, y la procesion del amor segun la voluntad, se hallan por participacion en la criatura racional, y de un modo deficiente é imperfecto que no constituyen hipóstasis como en Dios. A la persona del Padre se le apropian los atributos esenciales de la eternidad, de la unidad, del poder y de la habitud de principio, ó de causa eficiente de que proceden todas las cosas. "¿No es tu Padre, decia Moisés al pueblo de Israel, que te poseyó, que te hizo y te crió?" ¡Ah! no es necesario ¡oh cristiano! que observes esas inmensas moles de los cielos para que te expongan la gloria del Criador; no es menester que mires al firmamento para que te refiera las obras de sus manos: dentro de tí mismo está impreso el sello de su imágen, y llevas el libro abierto que te muestra la verdad: tu alma racional, que salió del soplo de la boca de Dios, vale mas que toda la naturaleza material; tu mismo cuerpo fué amasado y perfeccionado en sus manos poderosas: ese tu admirable compuesto de dos substancias tan diversas, al propio tiempo que te enseña á tu Hacedor y comunica de las supremas inteligencias, reúne en sí como un mundo pequeño las perfecciones todas del universo. Así es que tu memoria, que se puede llamar como el archivo de todas las noticias, te anuncia la fecundidad del Padre. Sin embargo, ¿pensariamos que este depósito de conocimientos ha resplandecido en el hombre! ¡Ah! se ha hecho tan

oscuro y deforme en los pecadores, que apenas se distingue como una vislumbre de la eterna luz. "Le han ofendido, dice el Libro del Deuteronomio, los que tan indignamente tenían el nombre de sus hijos." Y si esta imagen del Padre realza según es, clara y hermosa en los hijos adoptivos por gracia, y en los herederos del cielo por la semejanza de gloria; precisamente consiste en que ya lograron el fruto de la Sangre preciosa de Cristo, derramada por la remisión de los pecados. "Al fin de todas las cosas, cuando el Señor Jesús haya aniquilado todo imperio, toda dominación y toda potestad, entregará su reino á Dios su Padre, para que Dios sea todo en todos sus escogidos."

GLORIA AL HIJO.—"Jesucristo, como dice San Pablo, es la imagen perfecta del Dios invisible, engendrado antes de todas las criaturas." Por eso se le atribuyen las propiedades esenciales de ser la especie, la hermosura, la luz del Padre, la igualdad, la sabiduría y el principio de principio por quien fueron hechas todas las cosas. El hombre se le asemeja en el entendimiento, que es como la prensa en que se esprime el concepto. Mas ¡ay! ¡qué desfigurada se hallaba en el pecador su imagen cuando vino á redimir al mundo! Todos los hijos de Adán incurrieron en el pecado original, fueron concebidos sin los dones gratuitos, sujetos á la muerte y excluidos del reino de los cielos; fueron condenados al trabajo y al dolor, constituidos esclavos del demonio y destinados al fuego eterno. La ira de Dios pedía venganza de la injuria con que se le había ofendido y se le había de ofender hasta el fin del mundo: no se hallaba en las criaturas quien pudiese calmar su justo enojo y le diese una satisfacción

condigna á sus derechos de Criador violados: el mismo Dios envió para tan grande obra á su Hijo, á fin de que así como la culpa nació de la soberbia de saber, así también nuestra reparación debiese su origen y perfección á la verdadera sabiduría que es el Verbo. ¡Oh! el Unigénito del Padre bajó del trono de su gloria, se vistió del tosco sayal de nuestra humanidad, vivió en trabajos y murió con ignominia por nosotros. He aquí, pues, la gloria del mismo Jesucristo, que si se considera en cuanto á su Divinidad, se funda en habernos dispensado graciosamente la paz, la inocencia y la inmortalidad. "A los que Dios tiene previstos, dice el mismo Apóstol, también los predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo:" imagen es esta del Hijo de Dios, que estampándola en el hombre lo convierte en otra imagen, no ya según la naturaleza, sino según los dones de gracia y de gloria.

Por otra parte, antes de hablar de la gloria de la Santa Humanidad de Jesucristo, conviene asentar que su alma bienaventurada lo mereció todo en el acto mismo de la Encarnación. No obstante, la gloria de su alma por un continuo milagro no redundó á su cuerpo en el tiempo de su vida mortal, para que obtuviese con mayor honor la gloria del mismo cuerpo que mereció por la pasión. "El que se humilla, dice el Evangelio, será exaltado." Jesucristo, pues, se humilló bajo de su dignidad en cuatro cosas, á que corresponden otros tantos modos de exaltación que designa Santo Tomás: "Se abatió hasta la pasión y muerte, de que no era deudor; pero rompiendo sus cadenas, se levantó triunfante del sepulcro con una

gloriosa resurreccion: luego que murió, su alma descendió á los infiernos y su cuerpo fué puesto en el sepulcro; mas si bajó á las inferiores partes de la tierra á los cuarenta dias de resucitado, ascendió por su propia virtud y con majestad solemnísimá á lo mas alto de los cielos: se anonadó hasta sufrir con paciencia la confusion y los oprobios; fué ensalzado, hasta sentarse aun como Hombre á la derecha del Padre; últimamente fué entregado al poder de Pilatos, de Heródes, de los Pontífices, de la Sinagoga y del pueblo como un facineroso; en recompensa de haber sido tratado como reo, ha recibido el poder universal de juzgar á los vivos y á los muertos: "Él es reconocido Dios, y "en el nombre de Jesus se arrodillará toda criatura del cielo, de la tierra y de los abismos."

¡Felices nosotros si padeciendo por amor á Dios los trabajos de la vida y los dolores de la muerte, resucitamos gloriosos con nuestros propios cuerpos en el grande y terrible dia del Señor, segun la expresion de Malaquías! ¡Dichosos si pasando nuestra alma al seno del purgatorio, por mas que nuestros huesos se reduzcan á polvo, subimos entonces á los cielos á imitacion de nuestro Salvador! Mientras mejor peleemos en la tierra contra el mundo, el demonio y la carne, mayor premio alcanzaremos en la eternidad, colocándonos sobre tronos resplandecientes entre los coros de los mismos ángeles: Si las potestades del siglo y todos nuestros enemigos nos persiguen y calumnian, labrando ellos mismos nuestra corona, tomaremos parte alguna vez en el juicio de los mismos demonios. "¡Ignorais, decia San Pablo, que aun á los ángeles juzgaremos!"

GLORIA AL ESPÍRITU SANTO.—El Espíritu de amor, el Espíritu de verdad que procede del Padre y del Hijo, es tambien "el primer dón de Dios; por quien se dividen muchos dones propios á los miembros de Cristo," como dice San Agustín: "A él pertenecen los nombres esenciales del uso con gozo, de la union ó enlace, de bondad ó de fuente inmensa en que se contienen todas las cosas; sí, él la conserva y gobierna llevándolas á su fin conveniente." La imagen de este Divino Espíritu está impresa en la voluntad del hombre, que tiene un amor natural y una aptitud á amar á Dios por su misma creacion. Sin embargo, ¡qué viciada ha sido su semejanza en el pecador! entregado su corazon á las criaturas, las ha amado con preferencia á Dios: ha caido hasta en la idolatría de tributarles cultos divinos, ó ha negado al verdadero Dios los que se le deben. Ademas, la imagen de recreacion ó de semejanza sobrenatural de gracia y de gloria con el Espíritu Santo, solamente nos la mereció Jesucristo con su muerte. En efecto, por su virtud recibimos el espíritu de adopcion de hijos, la confianza y el amor que nos inspira su Paráclito. "Porque el mismo Espíritu de Dios, dice San Pablo, está dando testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios." Esta es la gloria que resultó á la tercera Persona de la Beatísima Trinidad de los padecimientos de Jesucristo. Para explicarme con mas claridad, Dios es felicísimo en sí mismo por la union eterna del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo, pero aunque no necesita de nosotros, tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres: por su amor nos dió el Padre á su Unigénito, por su amor nos redimió el Verbo Huma-

nado, y por su amor nos santifica el Espíritu Santo: el mismo Espíritu abrasador nos previene con su gracia, nos aplica los méritos infinitos del Redentor, nos admite como hijos adoptivos á su amistad y nos da derecho á la herencia de la gloria. ¡Cuánto debere-
mos suspirar para que siguiendo á Jesucristo haga-
mos cierta nuestra vocacion y eleccion! ¡Cuánto fru-
tos podremos recoger del árbol de la Cruz para que
seamos instrumentos vivos con que el Divino Pacien-
te dé gloria á Dios! Concluiré con esta oracion de
San Hilario para rendir al Señor nuestros homenajes
é inclinarlo á favor nuestro: "Consérvame, te ruego,
¡oh Dios! esta religion de mí fé; que siempre obten-
ga al Padre, esto es, á tí, y adore juntamente á tu
Hijo contigo; y sea digno de tu Espíritu Santo, que
procede de tí por tu Unigénito." Pero me resta tra-
tar, de intento, del provecho del hombre como efecto
de la pasion de Cristo.

SEGUNDA PARTE

Hablando en los mismos términos del Apóstol, "Je-
sucristo nos ha sido dado á todos para ser nuestra sabi-
duría, nuestra justicia, nuestra santificacion y nuestra
redencion." De este manantial fecundo parten copio-
sos, sólidos é infinitos bienes espirituales de que goza
el hombre. No obstante, tres frutos principales, como
enseña Santo Tomas, produjo la muerte ignominiosa
de Cristo, á saber: "El perdon de los pecados, la con-
version de los gentiles y la adquisicion de la eterna glo-

ria." Debo antes de exponer estos fundamentos adver-
tir; que no basta para la justificacion del impío que se
remuevan los impedimentos ó la simple remision del
pecado, sino que ademas es necesaria, segun la decla-
racion del Santo Concilio de Trento, la gracia y cari-
dad que el Espíritu Santo infunde en nuestros cora-
zones: y ambas cosas, supuesto el dón de la perse-
verancia final, lo elevan á la bienaventuranza. Todo
esto, pues, comprende la salud espiritual del hombre,
cuyas excelencias y ventajas en general, y cada una
de por sí, comenzaré á expresar.

El dogma del perdon de los pecados es uno de los
artículos capitales del Símbolo de los Apóstoles, y
consta claramente en las Sagradas Escrituras: En él
consiste todo fruto y es como la raiz de todo nuestro
bien, segun aquellas palabras de Isaias: "Será per-
donada la casa de Jacob, y este es todo su fruto, que
sea quitado su pecado." Y para que veamos que es
efecto de la muerte de Cristo, oigamos lo que dice
San Pablo: "Mas ahora apareció una sola vez en la
consumacion de los siglos, para destruccion del pec-
ado por el sacrificio de sí mismo:" y mas adelante vuel-
ve á decir: "Cristo fué una sola vez inmolado para
agotar los pecados de muchos." A cada paso usan los
Apóstoles y Evangelistas de las palabras redencion,
efusion de sangre, víctima, holocausto, gracia, salud
y santificacion, para denotar la remision de los pec-
dos. La potestad de perdonarlos reside en la Iglesia
por virtud de la pasion y muerte de nuestro Salvador;
de su Sagrado Cuerpo clavado en la Cruz han nacido
arroyos de sangre para lavar toda mancha, como lo
habia anunciado Zacarías: "En aquel dia, dice, habrá

una fuente patente á la casa de David y á los habitantes de Jerusalem para la purificacion del pecador." Tambien el candelero, todo de oro, que vió el mismo Santo Profeta en medio de dos olivos, que tenia encima una lámpara y siete luces sobre sus brazos, representa á Jesucristo, á su Iglesia y á los siete Sacramentos. ¡Oh! dos de ellos, que son el Bautismo y la Penitencia, fueron instituidos para borrar los pecados, y los otros cinco para aumentar la gracia: el candelero ó grande receptáculo, puede figurar á la Iglesia como dispensadora y depositaria de las gracias celestiales: el aceite ó fluido precioso de la Sangre del Cordero, que mana de los dos olivos de su divinidad y humanidad, corre por estos siete brazos ó canales para infundirlo en otras tantas lámparas.

¿De dónde proviene, pues, que existiendo en la Iglesia cristiana un remedio tan eficaz é indeficiente, la mayor parte de los hombres se abandona al pecado y á la depravacion de las costumbres? ¡Ah! de que aman mejor las tinieblas que la luz; de que en vez de seguir á Jesucristo, siguen sus propias inclinaciones; de que se han propuesto morir para la virtud y vivir para el vicio: Unos hay que no creen; otros hay que no esperan; otros hay que aunque creen y esperan, no aman. El que quiera percibir el primer fruto de la santísima pasion de Jesus, es fuerza que muera moralmente á sus pasiones y á sus apetitos: es preciso que abrace la penitencia, que es un cambio de nuestra vida y de nuestro corazon: es indispensable que expie los pecados cometidos con oraciones, ayunos y maceraciones, pero en union del precio infinito de los méritos de la pasion y muerte del Salvador.

Por lo que respecta á la conversion de los gentiles, una nueva alianza, una nueva ley y un nuevo Sacerdocio les habia prometido Dios con la victoria que iba á alcanzar de la muerte su Divino Libertador. Jeremías profetizó la nueva alianza del Señor con este pueblo, figurado en la casa de Jacob, y cuyas prerogativas describe así: "Yo grabaré mis leyes en su espíritu y las escribiré en su corazon; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo." Isafas tambien habia declarado, "que las naciones aguardarian su ley," que ciertamente han abrazado con ansia. No menos advierte en otra parte, "que entre estos extranjeros que habrá convertido y traído á su Iglesia, escogeria á sus Sacerdotes y á sus Levitas." De hecho, Jesucristo con su muerte confirmó su nueva alianza á su nuevo pueblo, é hizo cesar los antiguos sacrificios y oblaciones, á mediados de la última de las setenta semanas, predicha por Daniel. Ya habia prevenido este mismo Profeta, "que el pueblo judío que lo habia de negar y hacer morir, no será ya su pueblo." ¡Oh! el pueblo que ha elegido el Cristo, es oscuro, rudo é idólatra. Ademas, "vendrá un tiempo, dice Malaquías, en que su nombre será exaltado entre las naciones desde el Oriente hasta el Ocaso, y se le ofrecerá en todo lugar una oblacion pura." ¡Dios Santo! llegaron los dias de vuestra misericordia y de la profusion de vuestras bondades. ¡No es esta hostia pacífica é inmaculada el pan y vino eucarísticos! ¡No es el propio Cuerpo y la propia Sangre del Cordero lo que con el Alma unida á la Divinidad, se ofrece en el Altar y se inmólo sobre la Cruz, bien que en el exceso del dolor? ¡Ah! Discurramos debidamente los que

descendemos del pueblo bárbaro, en esta estimabilísima ventaja de ser preferidos, si correspondemos á los favores de Jesucristo.

Con todo, los judíos que recibieron á Jesus y creyeron en él como los Apóstoles y otros discípulos, se mudaron por la comunicacion de su potestad, en hijos de Dios, como refiere San Juan. Asimismo el que murió por todos los hombres, se compadecerá y rescatará los restos de esta nacion proscrita hácia el fin del mundo, segun está revelado. "Cuando haya entrado en la Iglesia la plenitud de los gentiles, dice el Apóstol San Pablo, entonces se salvará todo Israel."

Finalmente, el mismo Apóstol nos propone "la gloria eterna, en la confianza de entrar en el Santuario por la Sangre de Cristo, por un camino nuevo y de vida que nos consagra el primero por el velo, esto es, por su Carne." No hay duda que de esta felicidad incomparable, como último fruto de su pasion, hizo participante el Redentor, estando en la misma Cruz, al Buen Ladrón, cuando le dijo, para ejemplo de muchos: "Hoy estarás conmigo en el paraíso." En tal supuesto, ¿quién podrá piutar á una alma desprendida enteramente de los lazos del cuerpo, admitida á contemplar la divina esencia y á beber la felicidad en su misma fuente? "Vuestros Santos, Señor, dice el Salmista, se embriagarán con la abundancia de vuestros bienes: Vos los inundaréis en un torrente de delicias, y los ilustraréis con vuestra propia luz." Allí desaparecerá la fe, terminará la esperanza: los misterios cuya sublimidad asombra á nuestra razon, ya no serán misterios sino verdades manifiestas y sin contradicciones aparentes: el objeto y último fin de

la vida prosperísima, dejando de ser posible, arduo ó difícil, aparecerá patente, inamisible y como es en sí. Allí se encenderán las almas, cual no puede concebirse, en el fuego inmenso del amor de Dios, para que sea su alimento eterno. Pero el único medio capaz de trasferirnos al reino de los cielos, estriba en hacer una vida santa é inocente sobre la tierra. Toda la dicha del hombre, presente ó futura, depende de la virtud que le hace agradable á Dios. Las aflicciones y penalidades de toda especie padecidas con paciencia por el Hombre Dios, serán recompensadas con gozo por el Hombre Dios; participar de la copa amarga de su pasion, es participar de la copa dulce é inapreciable del deleite en la eternidad; morir con Cristo es vivir con Cristo.

Volviendo ahora al principio de mi discurso, ya hemos visto "que la muerte de Jesucristo restableció la paz entre el cielo y la tierra," para usar de la frase comun del Apóstol San Pablo. No, no es indigno de Dios haber enviado al mundo á su Unigénito para que vestido de nuestra carne, hiciese brillar con su Sangriento Sacrificio, su poder, su sabiduría, y singularmente su bondad. La suma perfeccion de la naturaleza divina no obra por necesidad, sino por su voluntad; no por defecto ó por debilidad, sino por su virtud y por su misericordia. Quedando asimismo satisfecha su justicia por nuestro Mediador, aun mas de lo que exigia por el pecado, entramos en parte de la gloria ó provecho de hacernos agradables á Dios y apreciables á los ojos de nuestros semejantes por la virtud. De esta suerte, el Hijo muy amado del Padre dió gloria á las tres personas de la Santísima

Trinidad, vida, tranquilidad y bendición al hombre, al separarse su Alma inocentísima de su Sagrado Cuerpo despedazado y yerto. ¡Ah! Todo el bien y efectos de la redención se cifran en lograr la verdadera felicidad de este mundo y del otro: la gloria que por la espiración del Divino Crucificado tiene relación á Dios y tiene relación á los hombres, significa una misma cosa: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.**

Por tanto, si Jesucristo al tiempo de su muerte encomendó el mayor tesoro de su Alma pura y santa al mismo Dios que la crió, fué para encomendarnos con ella á todos los hombres. Llegará el día en que así el pecador como el justo, paguen la deuda precisa, "de volver el cuerpo que viene de la tierra á la tierra, y el espíritu que viene de Dios á Dios." ¡Pero le presentaremos á nuestro Criador una alma sucia, ennegrecida y abominable por sus pecados! ¡Oh Dios, esta sola reflexion nos hace temblar! ¡Quién es tan insensato que se exponga á un juicio terrible, que quiera entrar en un abismo desconocido, y que rehusé prepararse contra un suplicio sin fin! Nada, sin embargo, es mas comun entre los hombres, que sacrificarse á los ídolos de sus pasiones, saciarse con los placeres de los sentidos, y provocar la ira del Señor con sus crímenes. Por el contrario, ¡cuán bueno será que en mil é infinitas ocasiones, durante la vida, digamos con Jesucristo, elevando nuestro clamor al

* Este discurso y el Acto del Descendimiento que le sigue, fueron pronunciados en la iglesia de Religiosos Mónicas, recoletas de Nuestra Señora de la Soledad, en un día Viénes Santo, por la tarde, y á la hora en que se ejecuta la tierna ceremonia de bajar la Imágen del Sagrado Cadáver de Jesucristo de la Cruz.

cielo: "Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu!" Dadme luz y gracia para limpiar mi conciencia y serviros santamente: Mejor es, que al acercarse nuestra partida á la eternidad, podamos decir confiados con el Apóstol: "Yo he peleado una buena pelea, he consumado mi carrera, he conservado la fe: ya no me resta mas que recibir la corona de justicia que me tiene preparada y dará el justo Juez." Entonces podrá decir el cristiano con fervor é impacientes deseos: "Padre mio, rescatado y lavado con la Sangre Preciosa de vuestro Hijo Jesucristo mi benignísimo Salvador, en tus manos encomiendo mi espíritu."

Así SEA.